

torial que regulaba todo y de todo se ocupaba.

En resumen, la civilización es una educación, una domesticación, y es necesario evidentemente disminuir la libertad de los animales que se domestican, de los niños que se educan. No es menos cierto que el yugo del educador o de los gobernantes no puede, sin causar perjuicio, pesar demasiado, y sobre todo mucho tiempo, sobre los hombros de los gobernados. Dondequiera que un gobierno despótico, aunque sea patriarcal y humanitario, dura mucho, deja tras de sí un pueblo envilecido, sin iniciativa, opuesto al progreso; es este un hecho general que proclaman a la vez la historia del pasado y la del presente.

En nuestras mismas sociedades contemporáneas, vemos los establecimien-

tos de educación, donde la disciplina es severa, donde los jóvenes permanecen hasta una edad relativamente avanzada, dar a la sociedad hombres fundidos en el mismo molde, muy propios tal vez para seguir la dirección que les ha sido indicada, no apartándose apenas de ella por haber perdido el deseo y la facultad de innovar.

Asimismo, en la historia, Egipto, Perú, Persia y la India concuerdan en enseñarnos que si la rígida disciplina de las monarquías primitivas tuvo la ventaja de dominar y civilizar al hombre salvaje, ha tenido también el grave inconveniente de extinguir en él el espíritu de iniciativa y de quebrantar su voluntad, es decir, de agotar el manantial mismo del progreso.

PAUL GILLE

## El alma de la escuela

### La escuela tiene un alma

Porque la escuela tiene un alma. Entendámonos bien: cuando digo alma, quiero decir simplemente una unidad de vida moral. Y, en este sentido, la escuela ha de tener un alma.

La escuela que no la tiene vale muy poco. Yo he visitado algunas veces escuelas instaladas en buenos locales, con mobiliario excelente, con material de sobra, con maestros instruidos y que enseñaban según métodos modernos. Y, después de asistir a dos o tres clases en estas escuelas, he salido descontento y triste.

¿Por qué? ¡Cómo explicarlo! Porque todo estaba bien, pero frío. Porque la enseñanza se daba perfectamente, pero de un modo mecánico. Porque allí faltaba el entusiasmo, la emoción, la fuerza interior, la idealidad. Porque la escuela no tenía alma.

¿Qué queréis vosotros para vuestros hijos? ¿Queréis que aprendan muchas cosas? Está bien, pero no es bastante. ¿Queréis que sepan ganarse la vida?

Está bien, pero tampoco es bastante. Hay hombres instruidos y muy hábiles para enriquecerse y no por eso menos dignos de desprecio. ¿Queréis, además, que vuestros hijos lleguen a ser hombres honrados, leales, enérgicos, tolerantes, laboriosos, abnegados, llenos de bondad? Pues eso sí que es bastante. Pero a eso no contribuirá la escuela por más mapas y aparatos que en ella veáis, si la escuela no tiene un alma.

Imaginad que se llegara un día a descubrir la manera de dar a los niños en forma de píldoras toda suerte de conocimientos. El padre tomaría en su mano izquierda una cajita recién comprada, y con la mano derecha iría sacando las píldoras pedagógicas. Su hijo, delante de él, y con la boca abierta, se las tragaría dócilmente. Píldora de lectura, píldora de escritura, píldora de aritmética, píldora de historia. En cinco minutos el niño quedaría convertido en sabio. Pero ¿sería eso una educación? No. El niño sabría mil cosas, pero no habría formado ni su razón ni su carácter. No